

dia independientemente según su criterio, sin cuidarse de sus deberes de responsabilidad colectiva, única que podía dar firmeza y vigor á la obra comun. El cuerpo de estado mayor propiamente dicho quedó condenado á una impotencia completa bajo un mando supremo negligente ó inepto, al lado de una administracion que no conocia poder supremo, con un estado mayor de artillería especial que no toleraba ninguna ingerencia en sus tareas y con un estado mayor de ingenieros que parecia despreciar todo nuevo sistema de fortificacion, á pesar de que el llamado cuerpo de estado mayor tenia en concepto de todos una influencia preponderante.»

Uno de los oficiales del cuerpo de estado mayor refiere de los sucesos de Metz lo siguiente, en la obra ya antes citada (pág. 127): «En 27 de julio toma posesion el estado mayor de los vastos espacios de la fonda de Europa. La sala principal separa la habitacion del mayor general, el mariscal Leboeuf, del aposento de su primer ayudante, el general Lebrun, y sirve de oficina á las cuatro secciones, á cargo de oficiales, ocupando cada seccion un ángulo de la sala y trabajando separadamente de las demás, sin ordenanzas para el servicio ni siquiera para guardar la puerta de entrada, quedando la entrada libre para cualquiera. Los dias son tristes y el calor muy sofocante. Se sufre el tedio de la inactividad, viendo que se retarda el momento de abrir las hostilidades. El dia 29 se va el emperador por el ferro-carril á Saint-Avold, costándole trabajo subir al coche á pesar de apoyarse en el oficial de órdenes.» La impotencia del llamado estado mayor en la fonda de Europa está retratada en el telégrama que el mariscal Leboeuf en 29 de julio envió al ministro de la Guerra y que decia: «Ordene al depósito de la guerra que active lo mas pronto posible el envío de los tomos de noticias y planes de marcha que acaban de imprimirse. El emperador los quiere inmediatamente. No hay que perder un minuto.»

Los tomos que el emperador pedia con tanta urgencia habian quedado olvidados en la capital al emprender Napoleon su marcha, y véase lo que dice el general Boulanger sobre estos tomos en su ya citada obra: «En tiempo del mariscal Niel se habia formado una seccion del estado mayor compuesta de unos veinte oficiales notables presididos por el coronel Lewal para estudiar y combinar las rutas que debian seguirse en el teatro de la guerra, describir las líneas de comunicacion, estudiar las posiciones militares y determinar los centros de provisiones, etc. Estos trabajos comprendian los territorios limítrofes de la frontera Nordeste desde Luxemburgo á Estrasburgo, la línea del Mein, el Neckar y la Selva Negra.

»De estos trabajos, dice Boulanger, habia resultado la guia militar mas completa y mas útil que habria bastado entregar á los oficiales al estallar las hostilidades para que con su auxilio se hubieran podido enterar por sí solos todos los jefes, desde el general hasta el que mandaba el mas pequeño grupo de reconocimiento, respecto de los caminos y senderos, obstáculos naturales y artificiales que se les podian oponer, posiciones de ataque y de defensa, fuentes, vados, desfiladeros, lugares y recursos para alojamientos, víveres y carros. Por desgracia no se concluyó esta obra, monumento científico-militar de valor inapreciable. Del despacho dirigido por el mayor general al ministro de la Guerra se deduce al parecer que una parte de ella fué impresa, pero no se sabe su paradero, porque no llegó evidentemente al estado mayor del ejército del Rhin, y de todos modos no se supo utilizarla.» Esto último parece incomprensible, porque el autor principal de obra tan notable y no concluida, el coronel Lewal, se halló en el estado mayor del ejército del Rhin y trabajaba en

la citada sala principal de la fonda de Europa, separándole del mayor general solo la pared.

En vista de esto cabe preguntar lo qué se proponia el emperador con su ejército del Rhin y cuál era el plan en el que no habia iniciado á nadie y que quedó tambien posteriormente ignorado porque nunca se ejecutó. A esta pregunta ha respondido el mismo emperador en un escrito que redactó en Chislehurst en enero de 1872 y que publicó al año siguiente el conde La Chapelle entre los papeles póstumos del emperador. En este escrito se vé claramente lo que ocupó á Napoleon en los dias que mediaron entre el 29 de julio y el 1.º de agosto, y lo que le determinó al fin á no hacer lo que justamente todo el mundo á ambos lados del Rhin esperaba de él. «Estando, dice, aseguradas las fronteras de Francia en el Norte por la neutralidad de Bélgica y al Este por la de Suiza, quedaba para la agresion y la defensa un triángulo cuyo vértice forma Lauterburg y cuyos lados se extienden el uno en direccion Oeste, hácia Sierck, y el otro hácia el Sur, en direccion de Belfort. El primer lado, para nosotros el izquierdo, sigue la frontera del Palatinado y el curso del Saar y tiene una longitud en línea recta de 140 kilómetros. El segundo lado, ó sea el derecho, sigue el curso del Rhin en una longitud de 160 kilómetros. El ejército francés que tomara la ofensiva debería atravesar para penetrar en Alemania una de estas dos líneas. Tomando la izquierda podía marchar sobre Maguncia para sitiarse esta plaza y tomando la derecha debía atravesar el Rhin para invadir el gran ducado de Baden. Se vé, pues, que las fronteras del Nordeste de Francia no eran de ningun modo á propósito por su posicion para favorecer un ataque contra Alemania; porque un ejército francés ya avance hácia el Norte, ya hácia el Este, siempre puede ser atacado por los flancos y necesita por tanto para cubrirse numerosas fuerzas. En efecto, siendo la Alemania dueña de ambas orillas del Rhin desde Colonia hasta Rastadt, es decir, del mismo rio, y teniendo á su disposicion un gran número de ferro-carriles, podía trasladar sus tropas sin gran dificultad á la orilla izquierda; de suerte que si un ejército francés marchara sobre Maguncia podría verse atacado por la derecha por un ejército alemán que pasara el Rhin por cualquier punto al Sur de Rastadt, y por la izquierda por las tropas reunidas cerca de Tréveris. Si en lugar de esta marcha se dirigiera al Rhin en direccion Este, podría verse amenazado por la izquierda en toda la línea desde Lauterburg hasta Sierck, y á la derecha del Rhin en cualquier punto al Norte de Basilea. Las circunstancias naturales designaban, pues, claramente las plazas de Metz y Estrasburgo como los puntos principales de reunion de las tropas; porque cualquier plan que se adoptase exigia que el ejército reunido en Alsacia y el reunido en Metz efectuaran sus movimientos en armonía á fin de apoyarse mutuamente, tanto si se marchaba hácia el Rhin como hácia el Norte. Si las circunstancias obligaran al ejército francés á permanecer á la defensiva, deberían retirarse las tropas de Alsacia á los desfiladeros de los Vosges, donde se les debería agregar el ejército de Metz.» No pareció al emperador la ciudad de Estrasburgo á propósito para el paso del Rhin, porque una vez pasado, el ejército francés se hubiera visto enfrente de los desfiladeros de la Selva Negra, y si hubiese querido seguir el curso del rio en la orilla derecha, apoderándose del ferro-carril, habria sido indispensable emprender el sitio de la fortaleza de Rastadt. Mas á propósito le pareció Maxau, que se halla situada á 30 kilómetros al Norte de Germersheim y á 20 kilómetros al Sur de Rastadt, por manera que efectuando el paso allí se podian dejar las dos fortalezas la una á la izquierda y la otra á la derecha. Este plan solo podía tener buen éxito si el ejército invasor se apoderase de Maxau antes que el enemigo

hubiese reunido allí sus tropas; porque pasar un gran rio atacando es empresa arriesgadísima que raras veces ha salido bien, y esto no hay que olvidarlo. La empresa consistia, pues, en reunir los cuerpos de ejército primero en los dos puntos citados, y no solamente en el número previamente fijado de tropa sino tambien con todo lo necesario para transportes, el tren, las lanchas para cañones, el material para echar puentes y además las provisiones indispensables de boca y de guerra. La reunion de las fuerzas principales francesas en la Alsacia y en Metz no descubria al enemigo los planes del emperador ni le permitia reunir en un momento dado siete cuerpos de ejército y tomar con ellos decididamente la ofensiva.

Estos fueron los pensamientos con los cuales el emperador llegó á Metz para tomar, como tomó en 29 de julio, el mando en jefe del ejército del Rhin, al cual habia ya anunciado la invasion inmediata en el país enemigo. Estas consideraciones estaban en consonancia con las condiciones previas del plan de guerra convenido con Austria é Italia que ya conocemos, pero que Napoleon no quiso divulgar, porque entonces contaba todavía con su regreso triunfante á Francia y con el afianzamiento de su trono, por cuyo motivo no queria comprometer á sus aliados secretos.

Lo que sigue en el texto de su escrito revela las impresiones que recibió en Metz y que en el transcurso de pocos dias echaron abajo todo el castillo de naipes de sus ilusiones. Continúa, pues, en su escrito: «A fin de que esto llegara á ser factible, era preciso que todos los cuerpos estuvieran igualmente prontos á entrar en campaña, porque un ejército es un gran organismo cuyas partes todas deben apoyarse mutuamente y obrar de consuno; si flaquea una sola, queda paralizado todo y no puede realizarse el plan general. Así, pues, era indispensable no solamente que las tropas reunidas en Metz tuviesen su efectivo completo de hombres, sino tambien que hubiese llegado á Estrasburgo el cuerpo que se estaba reuniendo en Belfort, á fin de reforzar al del mariscal Mac-Mahon. Tambien era menester que el cuerpo de reserva del mariscal Canrobert, que se iba formando en Chalons, hubiese entrado en la Lorena en reemplazo de las tropas que debian penetrar en Alemania. Desgraciadamente no pudieron realizarse estas esperanzas. El ejército francés, en lugar de tener los 385,000 hombres que podía esperarse encontrar sobre las armas contra los 430,000 hombres de la Alemania del Norte y del Sur, contaba cuando el emperador llegó á Metz el 25 de julio (en realidad el 28 de este mes), solo 220,000 hombres; y no solamente quedó así incompleto el efectivo del pié de guerra, sino que tambien faltaban otras cosas indispensables y accesorias. El ejército del Mosela contaba solo 110,000 hombres en lugar de 220,000, y el ejército del mariscal Mac-Mahon contaba solamente con 40,000 en lugar de 107,000. El cuerpo del general Félix Douay en Belfort halló grandes dificultades para formarse, y finalmente no estaba todavía completo el cuerpo del mariscal Canrobert. El emperador comprendió que en tales circunstancias era imposible el paso del Rhin, y obedeciendo, por decirlo así, á la impaciencia del ejército y de la nacion decidióse á marchar hácia el Saar.»

Estas palabras demuestran de un modo indudable que el emperador, al decidirse á marchar contra Saarbruck, habia renunciado á todo el plan de guerra que hasta entonces se habia propuesto ejecutar, es decir: al paso del Rhin cerca de Maxau, á la invasion en Baden, á la marcha al través de Wurtemberg, á la reunion en Munich, y de consiguiente tambien al auxilio de los austriacos y de los italianos, pues que estos, según se habia convenido, solo debian acudir cuando el ejército francés apareciera victorioso en el corazon

de Baviera y dispuesto á dar la mano á las masas austriacas é italianas. Sabiendo ahora esto, no hay que admirarse de que la noticia de la victoria del 2 de agosto concluyera en estos términos, de otro modo ininteligibles: «El emperador ha regresado á Metz.»

No se comprendieron así en el campamento de Metz los preparativos para el ataque de Saarbruck; sobre todo no lo comprendió así aquel general distinguido del cual nos habla Mazade en su obra (1). Cuando el emperador le explicó su plan sobre el mapa, aquel general creyó que éste era el principio del avance general y del gran ataque, de lo cual el emperador se apresuró á desengañarle, reduciendo toda la empresa á la nada. El general consternado se volvió al campamento, donde se quitó el uniforme y sentándose en la silla del caballo se cubrió la cara con ambas manos. En esta posicion le preguntó un amigo: «¿Qué hay? ¿qué tiene usted?» á lo cual el general contestó desesperado: «¡Estamos perdidos!» y dicho esto lloró como un niño.

El segundo cuerpo de ejército habia recibido orden ya en la noche del 15 al 16 de julio de salir del campo de Chalons y de pasar á Saint-Avold, á donde fué llevado por el ferro-carril para servir *de ojo*, como decia la orden, enfrente de la frontera prusiana. Este cuerpo no estuvo armado para campaña ni siquiera el 31 de julio, porque le faltaban todavía una gran parte del tren ordinario y los carros para los enfermos; la artillería tenia pocas municiones y los hombres no sabian todavía manejar las modernas ametralladoras, pues que solo dos dias antes habia llegado la instruccion. El jefe de este cuerpo, el general Frossard, no estaba enterado de ningun plan de campaña y en su informe dice (2): «Sabíamos únicamente que tendríamos que pelear con fuerzas alemanas en número de 550,000 hombres y que estas fuerzas podian ser aumentadas en poco tiempo hasta el doble. Además inferimos de varios indicios que nos auxiliarian desde un principio alianzas eficaces y que estaba asegurada la cooperacion de los ejércitos de Austria y de Italia; y como esta cooperacion necesariamente habia de disminuir los peligros de tan grande diferencia numérica y de la evidente insuficiencia del armamento, quedó justificado y explicado en opinion del ejército el comienzo inmediato de la guerra. No pasó de ser esto una mera ilusion, que duró no obstante hasta principios de agosto y fué quizás causa de alguna indecision relativa al plan de operaciones que se habia de seguir.»

El público en Francia nada sospechó del estado en que se hallaba el ejército, desde el jefe hasta el último soldado. El público esperaba con impaciencia febril las primeras noticias de victorias en la frontera. No sospechaba que la infantería tenia que aprender todavía el uso del chassepot y la artillería el de las ametralladoras, ni que el jefe de todo el ejército acababa de ordenar la instruccion especial del servicio de seguridad en las marchas y en el campamento y la práctica de la caballería en el servicio de avanzadas (3). Tampoco sospechó que el mariscal Bazaine no tenia en su cuartel general de Boulay oficina ninguna telegráfica, por manera que no podia comunicarse por este conducto ni con el mayor general en Metz ni con los cuarteles generales del segundo, cuarto y quinto cuerpo, de los cuales quedó sin la menor noticia durante dias, porque hasta el correo no era seguro (4).

En fin, por la mañana del 2 de agosto se efectuó cerca de Saarbruck un ataque que tenia visos de accion de guerra. Las dos divisiones del cuerpo de Frossard, apoyadas

(1) *La guerre de France*, tomo I (Paris, 1875), pág. 87.

(2) *Rapport sur les opérations du deuxième corps de l'armée du Rhin*, tomo I, Paris, 1871, pág. 9.

(3) Véase: *La guerra franco-alemana*, 1870 y 1871, tomo I, pág. 46.

(4) Boulanger, pág. 184.

por una division del cuerpo de Bazaine, pasaron la frontera, ocuparon las alturas inmediatas al Sur de la citada ciudad é hicieron un vivísimo fuego de fusilería y artillería para arrojar de allí al puñado de prusianos que habia hecho el servicio de avanzada en aquel punto, con tal arte, que los franceses los creyeron veinte veces mas numerosos de lo que eran. Componíase esta seccion, en realidad, únicamente de un batallon del regimiento de Hohenzollern, número 40, mandado por el comandante Pestel, tres escuadrones del regimiento de hulanos número 7 y cuatro piezas de artillería, todos los cuales tenian órden de retirarse, si eran atacados por fuerzas superiores, á una posicion preparada y situada detrás de la ciudad, para no exponer la ciudad abierta de Saarbruck á la suerte de una fortaleza. El comandante ejecutó esta órden con admirable y firme actitud, obligando al enemigo á desarrollar toda su fuerza tan inmensamente superior. Empezó el fuego á las once y acabó á la una. A las dos los prusianos evacuaron la ciudad, en la cual entraron los franceses á las tres para echarse hambrientos sobre las hosterías, tahonas y carnicerías, dando así una muestra de lo que era la administracion militar francesa.

Momentos antes de concluir la accion se presentó Napoleon llevando de la mano á su hijo, de quince años, y apuntó «en medio de un silencio solemne,» dice un testigo ocular, la primera ametralladora contra los prusianos, en cuyo acto el jóven príncipe mostró una calma que excitó la admiracion general. De este hecho trató la prensa en tono tal que los lectores podian creer que todo aquel ataque de tres divisiones contra una ciudad abierta, no destinada á ser defendida, se habia dispuesto únicamente para hacer lucir al príncipe imperial. Cuando éste hubo recibido lo que se llamó su bautismo de fuego, regresó el padre con el hijo á Metz para cuidar de que no se perdiera la memoria de este gran suceso, á cuyo fin escribió á la emperatriz: «Luis acaba de recibir su bautismo de fuego; su serenidad ha sido admirable, no mostró ninguna conmocion. Una division del general Frossard ha tomado las alturas que dominan la orilla izquierda (sic) de Saarbruck. Los prusianos han hecho una corta resistencia. Nosotros nos hallamos en la primera fila, donde las balas de fusil y de cañon cayeron á nuestros piés. Luis ha cogido una bala que dió cerca de él en el suelo. Habia soldados que lloraban cuando le veían tan tranquilo. Solo tenemos un oficial muerto y diez soldados heridos.»

Este despacho fué publicado inmediatamente en los periódicos y completó la relacion que publicó el diario oficial la misma noche del 2 de agosto, en estos términos:

«Hoy á las once de la mañana ha tenido la tropa francesa una accion seria con la prusiana. Nuestro ejército ha tomado la ofensiva; ha pasado la frontera é invadido el territorio prusiano. A pesar de la fuerza de la posicion enemiga, han bastado algunos batallones nuestros para tomar las alturas que dominan á Saarbruck, y nuestra artillería no ha tardado en arrojar al enemigo de la ciudad. El empuje de nuestras tropas fué tan grande, que nuestras pérdidas han resultado insignificantes. La accion, que ha empezado á las once, ha concluido á la una. El emperador ha asistido á las operaciones y el príncipe imperial, que á todas partes le ha acompañado, ha recibido en el primer campo de batalla de esta guerra su bautismo de fuego. Su presencia de espíritu y su sangre fria en el peligro han sido dignos del nombre que lleva. El emperador ha regresado á las cuatro á Metz.»

Con este regreso á Metz concluyó la actividad del emperador como jefe del ejército. Él mismo refiere que el 3 y 4 de agosto no se habia hecho mas porque habia tenido que esperar que el ejército recibiera el refuerzo que debian llevarle las reservas, el séptimo cuerpo y el cuerpo de Chalons, á lo

cual añade: «¿Podia avanzarse en un país difícil y de pocos recursos antes de enlazar nuestros movimientos con los de los demás cuerpos de ejército? Si se hubiese tomado la direccion de Maguncia habria sido grande la dificultad de alimentacion, porque era imposible pensar en restablecer el ferro-carri, cuyos túneles se habian destruido, segun se decia, y los flancos de nuestro ejército podian ser inquietados por la izquierda por las tropas prusianas de Tréveris y por la derecha por las tropas que habia en Kaiserslautern; de suerte que nuestras tropas continuaron inactivas en la orilla izquierda del Saar.»

El emperador no salió de su papel. Las últimas horas que el destino le concedió para cambiar su política, las hizo servir para una farsa que solo pudo engañar á imbéciles, y muy pronto el mismo destino descargó sobre su cabeza el golpe que le dejó aniquilado.

CAPITULO III

LA ALEMANIA EN ARMAS

La actitud que el rey Guillermo observó en Ems, en os dias memorables del mes de julio, fué la de un monarca que no quiere la guerra y que cree que tampoco la desea nadie sin un motivo forzoso. Ciertamente habria tenido razon para pedir inmediatamente satisfaccion por la declaracion del 6 de julio, y, en caso de no haberla recibido, declarar la guerra. Esto se habia esperado en Francia, donde sorprendió mucho ver que nada hacia el rey Guillermo. Tambien habria tenido razon para negar audiencia al conde de Benedetti, y, aun en caso de haberle recibido, para no darle ninguna explicacion, dirigirle simplemente al ministerio y no decirle ni una palabra de la carta que habia escrito privadamente al príncipe de Hohenzollern. Así habria procedido en su lugar el conde de Bismarck, como se desprende de lo que dijo á lord Loftus en 13 de julio; y si hubo aplazamiento de la decision hasta el 13 de julio, fué porque el rey Guillermo no habia contestado nada públicamente al reto del 6, y habia comunicado al conde de Benedetti, despues de haberle recibido amablemente, todo lo que habia hecho como particular en favor de la paz en la corte de Sigmaringen. La guerra era en Paris cosa decidida, fuese lo que fuese lo que el rey Guillermo hiciera ó dejara de hacer para conjurarla. Esto es lo que sabemos hoy, segun lo demuestran las órdenes que el duque de Gramont dió á Benedetti; pero entonces nada se sabia de las negociaciones y convenios hechos entre la Francia, el Austria y la Italia. Entonces lo único que sabia el público era el proyecto de la eleccion de rey propuesta en Madrid y autorizada por el rey de Prusia, contra la cual se oponia el emperador de los franceses de una manera muy ofensiva para el rey Guillermo; cuestion que habia quedado resuelta por la renuncia del príncipe Antonio, en nombre de su hijo ausente, hecha en 12 de julio. Si resultaba una gran guerra de una circunstancia accidental que nada importaba á la Alemania, no estando todavía unido el pueblo alemán, todo dependeria de la impresion que causara en el ánimo del pueblo alemán la repentina transformacion de la cuestion española en cuestion alemana. La nacion debia saber que el rey Guillermo habia hecho todo lo que un rey podia hacer honrosamente en favor de la paz, y era necesario que viese palpablemente que la intencion alevosa de quebrantar la paz estaba de parte de la Francia. Esta conviccion tuvo la nacion alemana cuando el telegrama memorable del 13 de julio la enteró oficialmente del último suceso ocurrido en Ems. El autor de este telegrama fué el mismo conde de Bismarck, que al ver enconarse cada dia mas

la cuestion española, salió el 12 de julio de Varzin para dirigirse á Ems, y cuando recibió en la noche de aquel dia, á su paso por Berlin, la noticia comunicada desde Madrid de la renuncia del príncipe Leopoldo, desistió de continuar el viaje en la creencia de que la situacion tirante quedaba resuelta. Permaneció, pues, en Berlin, mientras el conde de Eulenburg, ministro del Interior, se trasladaba á Ems. El mismo dia 12 habian llegado tambien á Berlin desde San Petersburgo el príncipe Gorchakoff y el de Reuss, que se encontraron con Bismarck en el palacio del príncipe heredero por la mañana del 13 de julio. Bismarck debió probablemente á este encuentro la primera noticia de las nuevas exigencias de Napoleon, noticia que provocó sus expresiones en la entrevista con lord Loftus; porque en el diario del emperador Federico se lee, bajo la fecha del 13 de julio, la nota siguiente: «Conversacion con Bismarck, que recibió el dia 12 muy tarde de Madrid la noticia de la renuncia del príncipe heredero (de Sigmaringen), con cuyo motivo cree asegurada la paz (1); quiere regresar á Varzin y parece sorprendido del giro que ha tomado el asunto en Paris. Gorchakoff tenia tambien intenciones pacíficas á pesar de que acababa de recibir la noticia de que la Francia queria garantías para el porvenir. Dice que hay que ver cómo se resuelve este punto, pero cree que tambien se resolverá pacíficamente. Admira nuestra conducta, la del príncipe Leopoldo y la de nuestra prensa, y dice que él tendrá cuidado de que sea tambien aplaudida por las grandes potencias. No obstante, me dicen de Paris que Napoleon ha manifestado á uno de sus ministros anteriores que en el momento actual era indiferente la cuestion de España, porque se trataba de la lucha por la preponderancia entre Prusia y Francia.»

Despues de la recepcion en el palacio del príncipe heredero tuvo Bismarck su conversacion con lord Loftus, de la cual hablamos á su tiempo, y ya entonces habia recibido sin duda la comunicacion telegráfica que le envió el consejero Abeken por encargo del rey, al lado del cual se hallaba en Ems. En esta comunicacion se le daba cuenta de las nuevas exigencias del conde de Benedetti y se le autorizaba para darles publicidad. Cuando recibió el telegrama se hallaban en su casa los generales Moltke y Roon, á quienes habia convidado á comer, y tachando en presencia de estos todo lo que le pareció supérfluo, y sin añadir nada, compuso el texto de otro telegrama que fué enviado inmediatamente á todas las embajadas prusianas, á la prensa de Berlin y á la *Gaceta de Colonia* (2). El texto decia así:

«Telegrama de Ems, 13 de julio de 1870. — Despues de haber sido comunicada oficialmente por el gobierno español al gobierno francés la renuncia del príncipe heredero de Hohenzollern, el embajador francés en Ems ha presentado á S. M. el rey la exigencia de que le autorice para telegrafiar á Paris que S. M. se obliga á no volver á dar en adelante su aprobacion si los Hohenzollern volvieren á su candidatura. S. M. el rey se ha negado, en vista de esto, á recibir otra vez al embajador francés y le ha hecho decir por medio de un ayudante de servicio que S. M. no tenia que comunicar nada mas al embajador.»

Ya hemos visto que el conde de Benedetti leyó este telé-

(1) Contra este pasaje hay lo que dijo Bismarck al rey en su informe del 23 de setiembre de 1888, á saber: que constaba que el príncipe heredero de Prusia sabia ya entonces que Bismarck creía la guerra necesaria y que, si fuese evitada, regresaria á Varzin retirándose de su puesto en el gobierno, con lo cual el príncipe heredero estaba conforme.

(2) Mauricio Busch dice en su obra: *Nuestro Canciller*, tomo II, Leipzig, 1884, pág. 65: «Que Moltke y Roon hayan considerado la situacion como pacífica despues de la lectura del telegrama de Abeken, me parece enteramente increíble. En aquella hora no pudo haber recibido Bismarck la relacion de Werther.»

grama hallándose todavía en Ems. Le asustó mucho el efecto que produjo, pero no encontró en él nada ofensivo ni inexacto; pues de haber sido así ó hubiera solicitado una audiencia de despedida ó hubiera aprovechado la que le estaba concedida para formular una queja. Esto último no le pasó siquiera por la mente, ni el rey le hizo sentir lo que era solo culpa del emperador.

Lo que dió á este telegrama de periódico el efecto que produjo fué la nueva exigencia, causa de la no admision del embajador francés, porque esta nueva exigencia demostraba, prescindiendo de su contenido, que el emperador no estaba todavía satisfecho del gran resultado que habia logrado en el asunto de España y que de ningun modo merecia despues del lenguaje indigno del 6 de julio. La nacion entera se habia encontrado aliviada de un peso al publicarse el telegrama de renuncia, y en su opinion la Francia debia darse por satisfecha. Si el emperador en lugar de esto presentaba una nueva exigencia, quedaba demostrado que la candidatura al trono de España no era sino un pretexto, siendo la intencion verdadera la guerra que desde el 6 de julio la prensa desenfadada habia pedido con verdadero furor. La revelacion de que esta prensa procaz no hacia mas que publicar fuera de tiempo lo que deseaba Napoleon, suscitó en el espíritu del pueblo alemán una tempestad que cambió súbitamente su actitud, despertando en él un sentimiento de dignidad nacional y de patriotismo como jamás lo habia tenido.

El pueblo alemán sentia exactamente lo mismo que sintió entonces el rey Guillermo. Poseído su ánimo de amor á la paz y de respeto meticuloso al derecho ajeno, no creia en los demás el propósito de faltar intencionalmente á la paz, al derecho y á su propio honor; la turbacion maligna de la paz general le parecia un crimen tan fuera de lo natural, que no lo creyó hasta que ya no podia negarlo ninguna persona de sano juicio. Solo entonces tuvo la conviccion de que la guerra era legítima porque una ofensa evidéntisima le imponia el deber de la defensa. El emperador de los franceses logró, con su modo de proceder, contraproducente tan luego como fué conocido, lo que en Alemania no habia podido conseguir ninguna astucia de la diplomacia ni ninguna persuasion de los partidos. El pueblo alemán se sintió herido en la persona del rey Guillermo, pues ¿en qué podia consistir su delito, despues de haberse resuelto honrosamente la cuestion española? Evidentemente solo en lo que habia querido y hecho en favor de la Alemania y en lo que habia alcanzado para ella luchando. Querer vengar este crimen en su persona era atacar la vida del pueblo alemán, y para saber si este pueblo comprendia esta conexion, cuyo centro formaba el rey Guillermo con todos sus recuerdos venerandos, bastó el modo con que fué recibido el telegrama del príncipe de Bismarck; á él respondió el pueblo alemán con la rapidez y la fuerza arrolladora del destino. Aun no habia tenido tiempo la prensa para templar la opinion pública, cuando la conciencia de la nacion tomó tempestuosamente y á gritos la palabra. Sin titubear, unánimemente, sin contradiccion ninguna, pronunció el pueblo su fallo y lo expresó con el júbilo indescriptible con que acompañó al rey á su regreso de Ems á Berlin y con que le recibió en la capital.

En las mismas horas del 15 de julio en que sucedieron en las calles de Paris y en el parlamento cosas que hoy ningun francés que estime en algo el honor nacional puede recordar sin rubor y sin ira, el pueblo alemán transformado en una noche presentó al rey Guillermo como jefe de la nacion alemana sus primeros homenajes espontáneos con un entusiasmo nunca visto. En todas las estaciones por donde pasó el rey aquel dia le aguardaba el pueblo en densas masas para ver su venerable faz y saludar con júbilo tempestuoso al mo-